

¿Fué encono? ¿fué dolor? ¿fué desaliento?.....  
 La tradicion no guarda esa memoria;  
 Pero del mexicano atrevimiento  
 Deslumbra á nuestra edad la excelsa gloria.  
 Si, obedeciendo á extraño pensamiento,  
 La *Noche Triste* se llamó en la historia  
 A esa noche, de Luz resplandeciente  
 Será para la patria eternamente.

FIN DEL CANTO TERCERO.

¿Fué encono? ¿fué dolor? ¿fué desaliento?.....  
 La tradicion no guarda esa memoria;  
 Pero del mexicano atrevimiento  
 Deslumbra á nuestra edad la excelsa gloria.  
 Si, obedeciendo á extraño pensamiento,  
 La *Noche Triste* se llamó en la historia  
 A esa noche, de Luz resplandeciente  
 Será para la patria eternamente.

CANTO CUARTO.

Caen en poder de los mexicanos los españoles que regresaron á la ciudad durante la jornada de la Noche Triste.—Cuitláhuac determina que sean sacrificados á los dioses.—Descripcion del sacrificio en el gran teocalli.—Regocijo del pueblo.—Salen las tropas mexicanas á atacar á los invasores, siendo rechazadas por éstos.—Aspecto que presenta la ciudad por la peste de la viruela.—Muerte de Cuitláhuac.—Sus funerales.—Es proclamado Cuauhtemoc Emperador de México.

¡Salve Tenochtitlan! Ciudad hermosa,  
 Emporio del valor y la osadía;  
 ¡Salve á tí que indomable y orgullosa  
 Venciste la extranjera tiranía!  
 De la victoria á la divina diosa  
 Plugo premiar tu heroica bizarría,  
 Haciendo que tu ejército invencible  
 Castigara al contrario tan temible.

Ya las corázas de bruñido acero,  
 Que fueran talismanes poderosos,  
 No protegen, como ántes, al guerrero  
 En los rudos ataques belicosos.  
 Ya el de ginetes escuadron ligero  
 No amedrenta los pechos animosos  
 De la aguerrida gente mexicana  
 Que sin descanso en combatir se afaná.

De las trompetas al marcial sonido,  
 Que el terror en los pechos infundia,  
 Hoy sustituye el bélico alarido  
 Con que Anáhuac pregona su osadía.  
 Del audaz invasor aborrecido  
 Aun se conserva la memoria implia;  
 Pero despues de la derrota horrible  
 No tiene ya la fama de invencible.

Hállanse en el cuartel, asegurados,  
 Más de cien españoles prisioneros,  
 Que de su capitan abandonados,  
 A la ciudad volviéronse ligeros.  
 Sin poder en el riesgo apresurados  
 Incorporarse á los demas guerreros,  
 Entraron al cuartel con la esperanza  
 De escapar á la mísera matanza.

Pero allí Cuauhtemoc, osadamente,  
 Del pueblo caminando á la cabeza,  
 Ataca á los guerreros diligentes  
 Y ocupa la española fortaleza.  
 Ríndense pronto al general valiente  
 Los castellanos, faltos de entereza,  
 Y Cuauhtemoc, á quien lo grande guia,  
 De la vida les da la garantía.

Llega luego el monarca mexicano  
 Al Malinche siguiendo con presura,  
 Y al ver que á su enemigo busca en vano,  
 Sangra su corazon la desventura.  
 Cuauhtemoc participa al soberano  
 Que de los prisioneros asegura  
 La vida su palabra; pero ansioso  
 Responde así el caudillo valeroso:

“Ni tu poder de general, ni el mio  
 De rey de estos dominios, es bastante  
 Para oponerse con valor impio  
 A la inmutable suerte en este instante.  
 De los dióses teniendo el poderío  
 Estos séres, que sigan adelante;  
 Vayan, pues, á gozar de la ventura  
 Los dióses con los dióses en la altura.”

De estas breves palabras el sentido  
Encerraba de muerte la sentencia,  
Y el pueblo, de rencor estremecido,  
Ejecutarla quiere con violencia.  
El mexicano Rey es impelido  
Por el odio que aviva su impaciencia,  
Y así dispone que solemnemente  
Se sacrifique la española gente.

Con rosas y festones adornado,  
Que de contento son cabal indicio,  
Encuétrase el teocalli preparado  
Para el cruento y terrible sacrificio.  
Del dios Huitzilopochtli venerado  
Un jardín representa el edificio,  
Donde juntas están en abundancia  
Del sol la luz, del campo la fragancia.

Numeroso tropel de espectadores  
Aguarda á los vencidos extranjeros;  
Los semblantes pintados de colores  
Aparecer los hace más severos.  
De los vistosos trajes las labores  
Raras que indican los instintos ferros  
De los hijos de Anáhuac, resplandecen  
Y en la brillante luz monstruos parecen.

Hay en el vasto templo colocados  
Lujosos pebeteros que á porfía,  
Con distintos aromas delicados,  
La atmósfera saturan noche y día.  
Jarrones ricamente trabajados  
Adornan la estucada gradería,  
Conteniendo también ramos de flores  
De blando olor y vívidos colores.

El *tecziztle*<sup>19</sup> resuena de repente,  
Los ámbitos del templo ensordeciendo,  
Y su ruido ronco y estridente  
En todos el temor va produciendo.  
Se oye despues, severo é imponente,  
Del *tlapanhuéhuetl*<sup>20</sup> el feroz estruendo,  
Y resuenan también los *ayacastli*<sup>21</sup>  
Junto con los agudos *chicahuastli*<sup>22</sup>.

En medio del ruido se presentan  
El Rey y los caciques elevados;  
Con trajes que á los dioses representan  
Están lujosamente ataviados.  
De la dorada veste el brillo aumentan  
Las piedras con que van aderezados;  
Y todas sus extrañas cualidades  
Los hacen parecerse á las deidades.

Régia corona el soberano tiene  
 De riquísimas piedras salpicada;  
 En uno de los hombros se sostiene  
 La banda de los reyes esmaltada.  
 Del precioso metal su pié contiene  
 Una ajorca con gusto trabajada;  
 Y en su brillante y mágico atavío  
 Se adivina su grande poderío.

Detrás de Cuítlahuác van los señores,  
 Los próceres del reino, engalanados  
 Con magníficas telas de colores  
 Y plumas de valor empenachados.  
 Llevan también vistosos ceñidores  
 De pita con bellísimos bordados;  
 Y todos ellos tienen abundantes  
 Colecciones de piedras relumbrantes.

Llegan los prisioneros, conducidos  
 Por varios sacerdotes, cuyas manos  
 Y brazos con almagre están teñidos,  
 Señal de sus instintos inhumanos.  
 Con el humo de *ocótl*<sup>23</sup> ennegrecidos  
 Están los sacerdotes mexicanos;  
 Al sacrificio así conducen fieros  
 A los aborrecidos prisioneros.

Llevando las cabezas emplumadas  
 Y pintadas de blanco, al edificio  
 Entran en cuatro hileras ordenadas  
 Las víctimas que van al sacrificio.  
 Elevan á su vista entusiasmadas  
 Las masas populares, gran bullicio,  
 De inefable placer signo elocuente  
 Al castigar á la extranjera gente.

Después, con lento paso, van subiendo  
 Del teocalli sagrado la escalera,  
 Y á medida que ascienden, el estruendo  
 Crece en la multitud airada y fiera.  
 Tormentos horriblos presintiendo,  
 El pecho de las víctimas se altera;  
 Porque esos hombres, en su aciaga suerte,  
 Temen más el martirio que la muerte.

Llega la comitiva al santuario  
 Del dios Huitzilopochtli, y en el suelo  
 Y cerca del monarca, el victimario  
 A un castellano tiende con anhelo.  
 El pecho descubrirle es necesario,  
 Y á ese fin va con religioso celo  
 Un sacerdote, cuya mano roja  
 Del vestido á la víctima despoja.

Inclínase el monarca lentamente; Y  
 Pone en tierra la mano; se endereza,  
 Y humillando despues la altiva frente,  
 Vuelve á los cuatro vientos la cabeza.  
 Su diestra empuña con ardor vehemente  
 El cuchillo de piedra, y con presteza,  
 Que más que odio fanatismo oculta,  
 En el desnudo pecho lo sepulta.

Mueve y remueve el pedernal agudo  
 Obediente al anhelo religioso,  
 Hasta que rasga el deleznable escudo  
 De la carne su afan impetuoso.  
 En breve queda el corazon desnudo,  
 Y de un golpe arrancándolo furioso,  
 Palpitante en sus manos agitadas  
 Lo presenta del pueblo á las miradas.

El corazon, caliente todavía,  
 Recibe un sacerdote, que lo arroja  
 Al *cuanuhxicalli*<sup>21</sup> que en el templo habia,  
 Despues que el suelo con su sangre moja.  
 El soberano, que seguir ansía  
 El sacrificio, rápido despoja  
 De la vida al segundo castellano  
 Que ponen al alcance de su mano.

Y sin tregua prosigue la matanza  
 De los abandonados prisioneros,  
 Satisfaciendo apenas la venganza  
 De los que la ejecutan altaneros.  
 De la ira popular perdon no alcanza  
 Ninguno de los míseros guerreros:  
 Como divinos dioses aparecen,  
 Y por eso á los dioses los ofrecen.

Termina el horroroso sacrificio:  
 No queda por morir ningun soldado,  
 Tinto en sangre se encuentra el edificio  
 Al gran Huitzilopochtli consagrado.  
 Satisfecho este dios, será propicio  
 Al pueblo que en su altar ha derramado  
 Sangre de los que en bárbaros combates  
 Profanaron altar, templo y penates.

El pueblo, enardecido, victorea  
 Al contemplar sin vida al enemigo,  
 Y sus miradas ávidas pasea  
 En derredor, sediento de castigo.  
 Surge en alguien de súbito una idea  
 Que sangre y destruccion tiene consigo,  
 Y grita, presa de entusiasmo ciego:  
 "¡Sacrificad á los caballos luego!"

Allí, cerca del templo, relinchando  
 Los corceles están, y en su impaciencia  
 Por romper el roncal están bregando  
 Constantemente y con audaz violencia.  
 Ora el garboso cuello doblegando,  
 Ora, también del miedo á la influencia,  
 Abren los cuatro remos, y rendidos  
 Al riesgo se resignan abatidos.

Al resonar el formidable acento  
 Que pide de los brutos la matanza,  
 Alza la multitud, fuerte y violento,  
 Por tres veces el grito de ¡venganza!  
 El soberano da su asentimiento  
 Que el regocijo público afianza,  
 Y conduciendo al templo á los bridones,  
 Les arrancan también los corazones.

Después, poniendo en astas la cabeza  
 De los corceles, sale entusiasmada  
 La multitud, y con audaz fiereza  
 Recorre la ciudad alborotada.  
 El pueblo mexicano su grandeza  
 Tiene, por el valor, asegurada,  
 Y en su entusiasmo varonil y santo  
 Alza de libertad sublime canto.

Cuitlahuác afanoso se apresura  
 A restaurar el orden, y prudente  
 Nuevos refuerzos adquirir procura  
 Para la patria defender valiente.  
 El triunfo conquistado le asegura  
 De un héroe la grandeza omnipotente,  
 Y, aprovechando su prestigio, ansía  
 Sacudir la extranjera tiranía.

A los pueblos de allende la montaña  
 Dirige el soberano sus legiones,  
 Que emprenderán rudísima campaña  
 Contra los extranjeros escuadrones.  
 A los hijos de México acompaña  
 La fe que alienta ya sus corazones:  
 Son mortales también los adversarios,  
 Y sobre ellos se lanzan temerarios.

Pero los invasores con firmeza  
 Resisten el ataque, y atrevidos  
 Logran vencer la bélica entereza  
 De los que á batallar van decididos.  
 ¿Qué pueden ¡ay! el odio y la braveza  
 Contra los hombres fuertes y aguerridos  
 Que, del poder celeste á semejanza,  
 Su poderosa diestra el rayo lanza?

En vano los intrépidos guerreros  
 Del reino mexicano, con porfia  
 Alcanzar la victoria intentan fieros  
 Dando ejemplo de heroica bizarria.  
 De la hueste española los aceros  
 Y el resonar de la metralla impía  
 Desbaratan doquiera las secciones  
 Llenando de terror los corazones.

Quedan los mexicanos destruidos  
 Cuando vencer al castellano intentan,  
 En tanto que en los pueblos sometidos  
 Los españoles su prestigio aumentan.  
 En breve á la ciudad llegan vencidos  
 Y mostrando el terror que experimentan  
 Los escuadrones que á lidiar partieron  
 Y en lucha desigual diezmados fueron.

Hállase en tal sazon estremecida  
 La gran Tenochtitlan por el quebranto:  
 De la muerte la diosa empedernida  
 Sobre ella extiende pavoroso manto.  
 Por todas partes del dolor la herida  
 Hace en los ojos asomar el llanto;  
 Por donde quiera el ¡ay! del moribundo  
 Enciende en los demas pesar profundo.

Una plaga terrible y espantosa  
 Asedia á la ciudad infortunada,  
 Sin que pueda la ciencia poderosa  
 Luchar contra la muerte despiadada.  
 La enfermedad, horrible y asquerosa,  
 Hasta entónces de todos ignorada,  
 Su furor en el valle va extendiendo,  
 Víctimas por doquiera produciendo.

*Teozahuatl*<sup>25</sup> á la peste denomina  
 La gente del país, porque presenta,  
 Tan luego como el mal se determina,  
 En la piel una capa granujienta.  
 Inútil es la proteccion divina  
 De los dioses: aquel que experimenta  
 La enfermedad, resignase á la suerte,  
 Que sólo encuentra término en la muerte.

Ni el que de noble goza los honores;  
 Ni el infeliz que está desheredado;  
 Por igual á plebeyos y á señores,  
 A ninguno la peste ha respetado.  
 Del dolor las angustias, los rigores  
 A todos tenazmente han alcanzado;  
 Lo mismo en el palacio que en la choza  
 El sufrimiento el corazón destroza.

En medio de tan míseros tormentos  
 Se oye un rumor que á todos estremece;  
 Al rebramar lejano de los vientos  
 Que arrastran la tormenta, se parece.  
 Olvida sus horribles sufrimientos  
 El afligido pueblo, que obedece  
 A un presagio que fiero le domina,  
 Y del rey al palacio se encamina.

Llega la multitud precipitada  
 Al sitio en que reside el soberano,  
 Semejando en su marcha arrebatada  
 La agitacion del férvido Oceano.  
 De pronto, entre la turba alborotada,  
 Que detener se pretendiera en vano,  
 Se oye el rumor, que aumenta el desconcierto,  
 De que el monarca Cuiclahuác ha muerto.

No es más veloz el rayo formidable  
 En derribar á la robusta encina,  
 Cuando con su poder incontrastable  
 Su grandeza titánica extermina;  
 Como el rumor terrible y espantable  
 Anonada con fuerza repentina  
 Al valeroso pueblo mexicano,  
 Que respeto y amor dió al soberano.

Y todos con afán impetuoso  
 Hasta las puertas del palacio llegan;  
 Y ciertos del suceso doloroso,  
 Desesperados á llorar se entregan.  
 Sin contener su empuje poderoso  
 Por penetrar en el recinto rebagan,  
 Y no basta la guardia reforzada  
 A defender de la mansion la entrada.

Ante el pueblo, de súbito aparece  
 Fúnebre procesion que se adelanta  
 Hacia la multitud que se estremece  
 Retrocediendo con medrosa planta.  
 La agitacion febril desaparece  
 En la atrevida turba, que se espanta,  
 Trocando su dolor en reverencia,  
 Del augusto cadáver en presencia.

En ricas andas de oro relumbrante  
 El cadáver está del rey amado;  
 Con su veste valiosa y elegante  
 Se halla lujosamente ataviado.  
 La enfermedad su varonil semblante  
 Sin compasion dejó desfigurado:  
 Expresa el pueblo su profunda pena,  
 Y con sus ayes el espacio atruena.

La clase más ilustre y elevada  
 Conduce á Tlatelolco los mortales  
 Restos, en comitiva dilatada  
 Para hacer los solemnes funerales.  
 La multitud del pueblo, emocionada  
 Invocando á los dioses inmortales,  
 Deja pasar la procesion, y ansiosa  
 La sigue, caminando silenciosa.

Así que en Tlatelolco es recibido  
 El augusto cadáver, con fiereza  
 Alza de nuevo el pueblo un alarido,  
 Expresiva señal de su tristeza.  
 No de otra suerte ruge embravecido  
 Cuando ansioso descubre en la maleza  
 Impenetrable, á su cachorro muerto  
 El leon indomable del desierto.

En un vasto edificio preparado  
 Para hacer los fastosos funerales  
 Al rey, que fué por todos venerado,  
 Se encuentran los señores principales.  
 El pueblo, en los extremos retirado,  
 Como es costumbre en ocasiones tales,  
 Va á presenciar la ceremonia augusta  
 Que á sus leyes idólatras se ajusta.

En el centro del patio colocada  
 Está una inmensa pira que formaron  
 De madera exquisita y perfumada  
 Los nobles que á su rey la fe juraron.  
 A un lado de la pira, y custodiada  
 Por guerreros que al mando batallaron  
 Del monarca, segun uso y costumbre,  
 De Cuitlahuác está la servidumbre.

Debajo de un dosel, que la nobleza  
 Circunda en actitud respetuosa,  
 Lujoso catafalco se endereza  
 Donde el cuerpo del rey, yerto reposa.  
 Cubierta se halla la imperial cabeza  
 Por medio de una máscara espantosa,  
 Que tiene en sí á la vez horrible y fiera  
 Una mezcla de pájaro y pantera.

El funeral entonan los cantores,  
 Arden varios perfumes delicados,  
 Y en jícaras le sirven los señores  
 Diferentes manjares preparados.  
 En riquísimos vasos los licores  
 Son por las gentes nobles apurados;  
 Y en tanto, los humildes concurrentes  
 Elevan sin cesar ayes dolientes.

Los sacerdotes, trasladando luego  
 Del dios Huitzilopochtli á la presencia  
 El cadáver, lo ponen en el fuego,  
 Que lo consume con voraz violencia.  
 En las cenizas, con respeto ciego,  
 Vierten en actitud de reverencia,  
 Las más preciadas y fragantes rosas  
 Y esencia pura de aguas olorosas.

Después, la servidumbre, engalanada  
 Con vestidos de tela reluciente,  
 Ante el dios de la muerte es inmolada  
 En honra y prez de Cuítlahuác valiente.  
 Da fin la ceremonia consagrada  
 A la memoria excelsa y reverente  
 Del monarca, y el pueblo mexicano  
 Aclama á Cuauhtemoc por soberano.

FIN DEL CANTO CUARTO.

### CANTO QUINTO.

Aspecto de Tenochtitlan por la muerte de Cuítlahuac.—Coronación del Emperador Cuauhtemoc.—Primeras disposiciones de este monarca para rechazar á los invasores.—Se dirigen éstos sobre Texcoco.—Ocupacion y saqueo de ese lugar.—Ataca Cortés á Itztapalápan.—Los defensores de esta ciudad dejan entrar á los españoles, y la inundan.—Violenta salida de Cortés.—Establece su campo en la llanura.—Derrota de los invasores.—Preparativos de Cuauhtemoc para defender la gran Tenochtitlan.—Exhortacion del Emperador á los jefes militares.—Entusiasmo de los mexicanos.—Sorprenden y baten á las avanzadas enemigas.—Regocijo del pueblo.

Llora, Tenochtitlan; justo es tu duelo:  
 Honrar debe tu llanto la memoria  
 Del bizarro caudillo á cuyo anhelo  
 La amada patria se cubrió de gloria.  
 Llora, Tenochtitlan: el raudo vuelo  
 De Cuítlahuác, tu genio de victoria,  
 Fiera atajó la inexorable muerte,  
 De faz cambiando tu futura suerte.